

# Crónica de ambos Mundos.

REVISTA UNIVERSAL.

EPOCA 3.ª

DONINGO 10 DE AGOSTO DE 1862.

NUM. 270

SUMARIO.—Crónica general.—Carta de París.—Algunas cuestiones sobre la ciencia económica, por S. C.—El sonambulismo natural y el hipnotismo, por Mr. Alfredo Maury.—El siglo y el negro, cuento, por Lino.—Las artes en España, por don Juan Bautista Cantero.—Una venganza, por J. B. Cantero.—Revista de Madrid.—Música.

## CRONICA DE AMBOS MUNDOS.

I.  
La semana ha sido tan poco fecunda en acontecimientos políticos, que así los debates de la prensa como las conversaciones de los círculos, políticos han tenido que versar sobre los gastados temas de la modificación ministerial, del reconocimiento del reino de Italia, del tratado de Cochinchina y de los asuntos de Méjico.

Los que presentaban como inminente una variación en el personal del ministerio, se contentan ya con decir que la crisis está aplazada, y fijan para su terminación, ya el regreso del señor ministro de la Gobernación, ya el del señor marqués de la Vega de Armijo que, como es sabido, va á inspeccionar las obras públicas en algunas provincias cuando vuelva el señor Posada Herrera, ya finalmente la época de la reunión de las Cortes.

Aseguran que en una de esas ocasiones se abordará de frente la cuestión política por algunos individuos del gabinete, y se exigirá que se destinen de un modo terminante ciertas cuestiones que dicen que no han podido aun fijarse y que, ó se adopte una marcha nueva, ó se designen con toda claridad los puntos cardinales de la que en la actualidad se sigue.

En contra de ellos sostienen los que están inmediatos á las regiones oficiales y siguen sin pasión, y apreciándolos bajo su verdadero aspecto, el curso de los acontecimientos, que no habiendo existido la crisis no puede estar aplazada, y que ni en las épocas indicadas ni en ninguna otra hay probabilidades de que se planteen cuestiones que tiendan á cambios radicales y á ocasionar la salida del gobierno de algunos de los ministros y su remplazo por otros que representen principios en armonía con ideas determinadas.

Entre estos dos encontrados pareceres merece indudablemente mas asentimiento, para los que se proponen apreciar con independencia y libres de todo trabo los hechos, el segundo, así porque no hay dato alguno que fundadamente induzca á creer que existen desavenencias y que se trata de introducir cambios en los principios ó en el personal del gabinete, como porque, según se viene observando desde hace cerca de cuatro años, el

presidente del Consejo es tan enemigo de las modificaciones, que son por otra parte el mayor peligro para los ministerios y lo que mas contribuye á gastarlos, que con poca diferencia está hoy constituido el ministerio en los mismos términos que cuando entró en el poder.

Si á ello se agrega que no hay pendiente ninguna de esas grandes cuestiones que exijan una solución que necesariamente ha de estar en desarmonía con alguna de las grandes fracciones que constituyen la situación, es fácil comprender que los rumores que con tanta insistencia circulan acerca del particular carecen completamente de fundamento.

El ministerio se presentará á las Cortes tal como está constituido, y justamente con ellas resolverá en consonancia con los principios que ha venido representando y que esas mismas Cortes han aceptado en tantas y tan solemnes ocasiones, los asuntos que la suspensión de la legislatura impidió ultimar.

Aun cuando los periódicos ministeriales anunciaron hace algun tiempo como muy próximo á verificarse el reconocimiento de Italia, siempre creímos que si bien existen hoy mas probabilidades de que ese reconocimiento llegue á hacerse, que de permanecer en la actitud que España tomó desde que estalló la insurrección italiana, no por eso podía considerarse como inmediato el día en que sancionase nuestra patria el *statu quo* en la península itálica, y reconociese por legítimo el gobierno de Víctor Manuel en Nápoles, en los ducados, en la Lombardia y en las provincias que pertenecieron á los Estados de la Iglesia.

La fuerza de los hechos consumados es tan grande, y tanta la consideración que se tiene á los intereses creados á la sombra de cualquier cambio radical, que, como la historia nos demuestra, siempre ha habido que contemporizar con esos mismos cambios y sancionar la continuación de parte del *statu quo*, aun en las épocas mas propicias para verificar las restauraciones.

Rara vez, despues de haber sido conmovidos los cimientos de un orden de cosas por una revolución, han vuelto á colocarse en las mismas bases; y cuando así se ha hecho, ha sido de un modo inseguro y provocando insurrecciones, que al fin han obtenido el todo ó parte de aquello mismo que se les pretendió negar.

Pensar por lo tanto en que Italia ha de volver al estado que tenía antes de la guerra de Lombardia, es en tan alto grado quimérico, que toca en el absurdo. Aun-



Idado caso que la reaccion se apodera de la península itálica y de la Europa entera, no es creible que sin cambio alguno, y sin aprovechar la leccion de lo pasado para prevenir nuevos acontecimientos, se restaurase todo tal como existia antes de las jornadas de Magenta y Solferino.

No siendo hoy la reaccion probable, ni aun quiza posible, hay que admitir forzosamente de hecho el *statu quo*, y necesario será aceptarlo tambien de derecho tan luego como reuna las condiciones de estabilidad indispensables para juzgar que el nuevo orden de cosas cuenta con los elementos suficientes para sustituir al antiguo.

Esta es hoy la cuestion precisamente. ¿El reino de Italia ha logrado consolidar el orden en el interior y asegurar su existencia frente a frente de las naciones que ha dominado o de los pueblos á quien ha arrebatado parte de su territorio?

Acerca de este último extremo no puede haber duda alguna; Italia cuenta con los elementos necesarios, así propios como ajenos, para sostener su nacionalidad y defenderse de sus enemigos. ¿Pero puede decirse otro tanto respecto de su situacion interior?

Por mucho que haya adelantado en la consolidacion del nuevo gobierno y del nuevo sistema el gabinete de Turin, y por muy notables que sean los progresos de esa misma consolidacion, ni puede darse aun por terminada ni como inmediatamente próxima a verificarse. Uno de los pueblos anexionados, y precisamente el mas importante, Nápoles, sostiene aun la guerra civil contra su dominador; el partido que hizo la revolucion y que derribó á los antiguos gobiernos, descontento con la politica moderada del ministerio piamontés, ha dejado de prestarle su concurso, y aun á su pesar trabaja abiertamente para que se consume la *unidad* y crea continuos conflictos, así en el interior, donde no permite que el orden se consolide sobre sólidas bases y donde diariamente lo altera con *manifestaciones*, como en el exterior por los proyectos de invasiones que fragua, por las amenazas que dirige á Austria, á Grecia y á Francia y por los insultos que prodiga á Napoleon III, á quien tanto debe la causa italiana.

Tanto aquello como esto pone en evidencia que el reino de Italia no ha logrado aun consolidarse en el interior; y España, que debe estar pronta á reconocerlo tan luego como esa consolidacion se verifique, no puede hoy por hoy, y en tanto que no esté terminada, admitir el nuevo derecho en contraposicion al antiguo, y dar su sancion á unos acontecimientos que no se la han dado á sí mismos justificándolos é imponiéndolos por la fuerza de los hechos consumados á los partidos vencidos y á los pueblos de Europa que reconocían los antiguos gobiernos.

Por eso creimos, como dejamos dicho, que el reconocimiento que se anunciaba no podria ser inmediato, y nos confirmamos cada vez mas en que si bien es probable que se verifique en un plazo mas ó menos largo, no

es de presumir que España, á quien ligan tan inquebrantables lazos con la causa del catolicismo, y otros muy atendibles con los gobiernos derrocados en Italia, vaya á precipitarse en un camino que no debe seguir sino cuando la razon lo aconseje, y á ponerse al lado del enemigo de sus amigos antes de que estos hayan perdido todas sus probabilidades de hacer valer sus derechos, y de que Italia adquiera el de ser considerada como nacion.

Los cálculos de ciertos partidos sobre el desaire que suponian que se habia hecho á España en el tratado de Cochinchina han recibido el último golpe con la noticia de que el gobierno francés, lleno de deferencia hacia el nuestro, se propone no aprobar el convenio en tanto que España no lo apruebe á su vez y renuncie definitivamente á las ventajas que Francia ha obtenido, y á las que han renunciado ya sus plenipotenciarios.

Algunos diarios llegan hasta á creer que no obstante lo pactado se harán á España iguales concesiones que á Francia, cosa que lejos de crear benefica, reputariamos perjudicial, porque como hemos demostrado en el número anterior, no es territorio lo que nuestra patria necesita en Asia.

Los asuntos de Méjico siguen presentando el mismo favorable aspecto que hicimos notar entonces. El gobierno imperial renuncia segun parece á seguir una politica aislada en la república mejicana y quiere volver á estar en inteligencia con España y con Inglaterra, renunciando necesariamente para ello á parte de los propósitos que determinaron el reembarque de las tropas inglesas y españolas.

El nombramiento del general Concha, al que muy en breve recibirá el emperador, para la embajada de París, hace creer que puesta la cuestion en tan competentes manos, se llevará á feliz término.

Estando de acuerdo las tres potencias, se realizará la idea que llevó á las playas del Nuevo-Mundo las armas aliadas, y se hará entrar á Méjico en las condiciones de una nacion civilizada.

ODRACIR.

## II.

Las noticias llegadas en la última semana adelantan poco á las de que dimos cuenta en la última revista. Las mismas cuestiones se agitan, iguales inquietudes reinan, y en tanto sigue la incertidumbre, porque ningun acontecimiento de importancia ha venido á marcar algo mas señaladamente la politica extranjera.

Pero deseando tener á nuestros lectores al corriente de cuanto ocurre, vamos á apuntar, aunque algo ligeramente, los hechos que ha venido á anunciarnos el correo; y si respecto á algunos nos permitimos aventurar nuestro juicio, no lo haremos así respecto á otros, cuyas causas y consecuencias probables se hallan envueltas en el mas profundo misterio. La vez pasada comenzamos por Italia, y ahora, aun cuando desearíamos variar el orden, no nos es dado hacerlo, porque fuerza nos es locar esta cuestion al hablar del Congreso euro-



peo, que hace dias se nos viene anunciando para resolverla. Si creemos las noticias que nos traen los periódicos extranjeros y el telégrafo; si tenemos que dar alguna fe á los rumores que corren, no podremos menos de afirmar que hay las mayores probabilidades de que los representantes de las grandes potencias se reunan para tratar de resolver la cuestion que agita á la Europa.

Dado el caso de que esto suceda, difícil parece prever lo que de tal Congreso puede resultar, pues á nadie se esconde que en una asamblea donde el asunto principal que debe discutirse es el poder temporal del Santo Padre, las potencias católicas, y en nombre suyo los que las representan, tienen por precision que oponerse á toda desmembracion de los Estados pontificios. Al hacerlo así, y esto no podemos ni por un momento ponerlo en duda, se han de hallar forzosamente en oposicion con los representantes de las otras potencias, que no teniendo los mismos intereses que defender, opinarán sin duda por la reforma del mapa de Italia. Intereses tan encontrados nadie puede dejar de conocer que son de difícil avenencia, y nada de extraño es que creyéndolo nosotros así tambien, nos abstengamos de formular una opinion que en realidad no podría tener una base sólida sobre la cual apoyarse. Nos limitaremos, pues, á repetir lo que arriba dijimos: sigue á la orden del dia el pensamiento de reunir un Congreso europeo. En cuanto á lo que de aqui pueda resultar, ni nos corresponde averiguarlo, ni podemos tampoco preverlo con bastante fundamento para dar nuestro juicio como cierto.

Entre tanto la Italia sigue su marcha y de dia en dia afianzándose sobre las bases de orden y legalidad que constituyen la verdadera fuerza de las naciones. Nuestras previsiones en lo que toca á la tan nombrada expedicion de Garibaldi han venido á ser confirmadas por las noticias posteriores, que todas se hallan de acuerdo en desmentir los falsos ó exagerados rumores que sobre tal asunto circularon. La *Gaceta* oficial de Turin dice á propósito de esto lo siguiente:

«Estos últimos dias se han hecho circular rumores alarmantes sobre expediciones clandestinas, sobre amenazas de desembarcos en las costas pontificales y de la Toscana, y en fin, sobre demostraciones ruidosas que se decia haber tenido lugar en Nápoles. Para tranquilizar los espíritus de los que pudieran dejarse engañar por tales rumores, creemos útil advertir que no tienen el menor fundamento y son enteramente contrarios á la verdad.»

Ademas, el gabinete italiano tiene tomadas todas las precauciones necesarias para hacer respetar el orden y las leyes. Y aun cuando hay en realidad alguna agitacion, como dijimos en nuestro último número, la popularidad de Mr. Rattazzi basta hoy para contener la patriótica impaciencia de los italianos.

Y á pesar de cuanto en contrario se diga, á pesar de

los discursos y alardes de Garibaldi, el reconocimiento del pueblo italiano hacia los franceses está aun muy lejos de hallarse usado. Los comités nacionales, las proclamas de los desterrados están unánimes al expresar sus sentimientos de fraternidad y de gratitud.

Rusia parece entusiasmarse en su amistad por el reino de Italia. *La Abeja del Norte* en uno de sus últimos números dice lo siguiente: «No tiene el menor fundamento la opinion expresada por casi toda la prensa francesa, que atribuye el reconocimiento del reino de Italia á las instancias, y por consiguiente á la influencia del emperador Napoleon sobre nuestro gobierno. Rechazamos formalmente esta opinion. Nuestro gobierno ha reconocido el reino de Italia en el momento en que se ha convencido de la fuerza y estabilidad del nuevo orden de cosas. Este reconocimiento es un hecho de la Italia misma, y no ha sido de ningun modo provocado por la Francia. El papel de esta nacion ha sido solo el de mediadora, papel de que se encargó á causa de la interrupcion de las relaciones diplomáticas directas entre el gabinete de Turin y el nuestro; pero su intervencion no ha pasado de aquí.»

El Austria continúa aislándose mas y mas, y en tanto sus asuntos interiores no mejoran tampoco de aspecto. El Reichsrath toma una actitud de dia en dia mas amenazadora para el gabinete de Viena. Primero, la Cámara de los diputados habia resuelto no ocuparse del presupuesto de 1863; pero provisionalmente nombró una comision de nueve individuos encargados de examinar la cuestion. Esta comision se reunió para oír la lectura de una memoria sobre este asunto; pero de seguro las conclusiones de esta memoria no serán muy del agrado de los ministros. Hé aquí en qué términos se expresan los miembros de la comision:

«Es tanto mas importante que los representantes del pueblo se ocupen del presupuesto de 1863, cuanto que dicho presupuesto presenta una perspectiva muy poco satisfactoria para el porvenir. En el pasado la direccion de la Hacienda ha sido tal, que seria imprudente permitir al gobierno que determine el importe de los gastos para 1863.»

Esta conclusion fué adoptada por la mayoría de los individuos de la comision. Véase á qué reflexiones tan poco halagüenas para el gabinete de Viena puede dar lugar el dictámen de los miembros delegados por la Cámara.

Pero á mas de esto, hay aun otras cuestiones que deben tomarse en consideracion, porque indudablemente han de provocar algun conflicto.

La Cámara habia manifestado el deseo de que se suprimiese el Consejo de Estado, como un cuerpo inconstitucional, y el ministerio, muy lejos de obtemperar á la peticion de los diputados, hace figurar, en el proyecto de presupuestos para 1863, un nuevo miembro del Staatsrath.

Por otra parte, hay algunos artículos en el presu-



puesto proyectado que á no dudarlo han de escitar fuertes y rigurosos ataques; citaremos, entre otros, el aumento de 1.331 500 florines que pide el gabinete para la lista civil, sin indicar ni por asomo los motivos que le impulsan á hacer este excesivo aumento.

Y, en fin, los diputados checos y poloneses se niegan redondamente á tomar parte en las cuestiones de la hacienda. Esta abstencion, añadida á la de los transilvanos y los húngaros, acaba de hacer la situacion difícil é inextricable.

La Prusia, por su parte, se presenta en tal actitud en la cuestion alemana, que hace casi imposible la entrada del Austria en el Zollverein. De aquí tiene que resultar precisamente para el gabinete de Viena la necesidad de concluir un tratado especial de comercio con Francia.

Hasta se habla ya de esto, diciéndose que hay negociaciones entabladas sobre el asunto, lo cual será para Alemania un golpe fatal.

Los periódicos se hallan vivamente preocupados con los incidentes ocurridos el 1.º del corriente en la Cámara de los Comunes de Inglaterra. Mr. Cobden, al hacer uso de la palabra para pedir á lord Palmerston severa cuenta de su conducta política, ha proclamado formalmente la escision entre los whigs del gobierno y el partido liberal.

Pasando en revista todos los hechos ocurridos en la sesion, ha atacado sin distincion á amigos y adversarios. «Nosotros, dijo, nosotros los liberales, como partido político, no tenemos que felicitarnos en lo mas mínimo de los resultados de esta sesion. ¿Cuáles eran, cuáles son nuestros principios? Economia, no intervencion y reforma.

Después, examinando sucesivamente estos tres puntos, el orador demostró que nunca se ha gastado mas, ni se ha hecho mayor uso de la intervencion en el extranjero, ni se ha reformado menos que ahora.

Los ataques dirigidos á la oposicion, representada por los conservadores, caian á la vez sobre lord Derby y lord Palmerston.

La respuesta de este último no fué lo que debía esperarse del profundo orador; en sus palabras, en su actitud embarazosa y en el poco vigor de que ha hecho uso al querer rechazar el ataque, le hacian aparecer como agobiado por un ataque tan brusco. La suspension inminente de las sesiones, impedirá que este incidente parlamentario tenga una solucion definitiva; pero el noble lord no debe estar muy satisfecho y tranquilo al considerar la perspectiva que ofrece la próxima campaña.

Las noticias que nos llegan de América adelantan poco á las de que ya tienen conocimiento nuestros lectores. Y aun cuando de ellas quisieramos tomar pie para hacer algunas deducciones, no es posible realizarlo, á causa de ser muy confusas. No se habla de ningún encuen-

tro sério entre las fuerzas enemigas, y esto se comprende, porque en la situacion en que se encontraban los ejércitos beligerantes, á las últimas fechas, no era de esperar que ocurriese nada importante en los primeros dias siguientes. Los confederados, que cada dia dan una prueba mas de su fuerza y de los muchos recursos con que cuentan, hacen numerosos movimientos, que sin duda tienen por objeto atraer al general Mac-Clellan fuera de sus líneas, y sobre todo alejarle, si es posible, de la Peninsula. Hasta ahora, estas tentativas no han tenido el resultado que se esperaba, y á las últimas fechas, las tropas confederadas, después de haber amenazado el valle de Shenandoah, habian vuelto á aproximarse á Richmond.

Se ve, pues, que la política extranjera no ha dado ningún paso señalado en su marcha, y tendremos que esperar algun acontecimiento marcado, que nos dé la llave para resolver ciertas cuestiones.

PARIS 6 de agosto.

Sr. Director de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS.

Muy señor mío: En mi primera carta di á Vd. algunas de las muchas noticias que diariamente circulan por esta, y hoy aunque podría tambien ocuparme de diferentes asuntos no lo haré, porque quiero tratar del que generalmente preocupa todos los ánimos. Ya sabe Vd. que Paris, como todas las grandes ciudades, es muy novelero; pero al afán de ver y juzgar que hay aquí, es preciso añadir la especie de impaciente deseo que se apodera de la clase obrera cuando al aproximarse alguna gran fiesta se habla de introducir innovaciones en ella. Y esto es lo que sucede hoy. El 15 de agosto, día de Napoleón III, se acerca, y todos los espíritus se hallan preocupados con las fiestas y regocijos que se preparan. Estos festejos, cuya magnitud y maravilla nadie puede imaginar sino el que una vez los ha visto, el que habiendo vivido entre el pueblo obrero de esta ciudad lo conoce y lo comprende lo bastante para saber cuánto aprecia esta clase de diversiones.

Pero sobre todo, lo que llama la atencion es la importante modificacion que se proyecta en las iluminaciones de la plaza de la Concordia y la gran avenida de los Campos Eliseos. Hasta ahora estas iluminaciones habian venido haciéndose como es costumbre en todas partes, con candelas de aceite ó de grasa, colocadas en vasos de colores, sostenidos por listones de madera y columnas formando dibujos.

Pero para colocar todos estos aparatos y volver luego á quitarlos se ocupaba mucho tiempo, siendo á la vez un estorbo para la circulacion, que se veia interrumpida por las maderas y demas accesorios. Estas consideraciones parecen que han influido en la diputacion provincial, y á fin de evitar tales inconvenientes ha resuelto ensayar en dichos puntos un nuevo sistema de iluminacion con gas. Este sistema se funda principalmente en aprovechar los aparatos mismos que sirven para el alumbrado, y de esta manera hacer las operaciones mucho mas rápidamente y sin estorbar á nadie.

Se trata de colocar en la plaza de la Concordia solo nada menos que ciento veinte mil vasos de colores, los cuales se espera producirán un efecto enteramente nuevo y maravilloso cual nunca se ha visto.

Por hoy, señor director, permitirá Vd. que se despidan hasta otro dia que será mas estenso, su afectísimo

NACORET.



### ALGUNAS CUESTIONES SOBRE LA CIENCIA ECONÓMICA.

¿Puede el desarrollo de la ciencia económica lastimar alguna susceptibilidad científica? No es inútil que se hagan algunas reflexiones sobre este punto, porque todos los que vengán asistiendo desde algunos años á esta parte á los centros de discusiones científicas, habrán notado cómo algunas de estas sobre la ciencia económica no han sido muy del agrado de ciertos literatos, filósofos y políticos, que atribuan á dicha ciencia espíritu de invasión y pretensiones nobiliarias que lastimaban su prestigio. Pues bien, ni tal espíritu ni pretensiones han debido atribuirse á la economía política al pedir plaza en las discusiones; y á desvanecer tales preocupaciones se dirigen estas líneas.

La ciencia económica tiene su esfera propia y determinada, y no hay razón para que los literatos, filósofos y políticos la miren con una prevención que no merece. Los unos la niegan el carácter de ciencia, los otros la censuran de invasora, y para ciertos políticos es un huesecillo que se les ha agarrado en la garganta, y pretenden aliviarse el dolor relegándolo á ocupar un lugar muy inferior á ellos. Pero nada más injusto que estas apreciaciones, porque la ciencia económica vive en paz con todos, y con todos le conviene la armonía. Ella en nada merma el prestigio de la literatura, de cuyos recursos se ha valido y se vale con mucho provecho de su propaganda. No invade ningún terreno científico que no sea el propio suyo, y si hace algunas escursiones por el ajeno, es para beneficiar sus útiles fines; pero nunca con miras de usurpación, porque es muy amante del derecho de propiedad. Si estudia al hombre en sus necesidades y esfuerzos naturales para vivir, es porque necesita de esta base para levantar su edificio; y la preferencia de lugar con que quiere engalanarse el político la tiene muy tranquila, y solo le pide que respete lo suyo, y se mostraría muy agradecida si le privara de su protección.

La economía política no lastima susceptibilidades, ni usurpa atribuciones, ni tiene pretensiones nobiliarias. Ella ha venido al movimiento científico con su historia, como todos los conocimientos humanos, y hoy vive con vida propia é independiente, adquirida, es verdad, con grandes esfuerzos de espíritu, pero con un resultado que es la mejor prueba de la certeza de sus principios y utilidad de sus aplicaciones. Conoce que solo se extiende á cierto orden de fenómenos sociales, que su acción engloba los fenómenos de la producción y consumo de la riqueza, y que la evolución económica se completa en la satisfacción después de recorrer los momentos de la necesidad y del esfuerzo. Ella entiende que si estudia las leyes del trabajo ó del ejercicio de la actividad humana para procurarse los medios de existencia, es siempre dentro de este límite y con este fin. No tiene la pretensión de ser la más sublime aspiración del alma humana, pues sabe que la realización de las altas aspiraciones del espíritu á lo bueno, lo verdadero y lo bello son objetos de otros ramos del saber. No ignora que aunque la creación de la riqueza responde á una necesidad natural, á la necesidad de vivir, y que es primero vivir y después filosofar, la riqueza es un medio con relación á los

fines de la religión y la moral, de la ciencia y del arte. Respecto de la política, está en la misma relación que estas esferas. Solamente pide á la política que garantice el libre ejercicio del esfuerzo humano, que no levante obstáculos entre él y la satisfacción, y que destruya muchos existentes como atentatorios á los más altos principios de derecho y hasta á la misma existencia. La religión y la moral aconsejan y preceptúan al productor la resignación en las privaciones como base que son del ahorro, é imponen al consumidor su sanción por sus desaharradas é improductivas satisfacciones. La filosofía ofrece al economista sus estudios antropológicos, como punto de partida para el estudio de la sociedad y de sus fenómenos, y la política le presta la garantía que á las demás esferas sociales. Es, pues, incuestionable que la ciencia económica se armoniza con todas las manifestaciones de nuestro espíritu, vive amistosamente con ellas, de ellas se aprovecha y á ellas sirve de medio de realización, y que son injustos con ella los que la miran con recelo y prevención. Es verdad que clama y grita más que ninguna otra contra determinadas atribuciones de los gobiernos; pero es porque á ninguna afectan tanto como á ella; porque hieren el lado más necesario y más lastimado de la vida social; porque las preocupaciones, la ignorancia y los abusos de todo género trajeron el mundo económico á un estado de perturbación tal, que todo acto del poder venía á tener eco en los intereses sociales, y se hizo absolutamente indispensable la necesidad del estudio del mal y del remedio. Y así es cómo se explican perfectamente los grandes esfuerzos de los hombres pensadores en estos últimos 30 años para provocar una reforma que armonizase los intereses sociales, aspirando á crear un orden social en que bastara al individuo el empleo de sus facultades para que sus necesidades pudiesen ser satisfechas, recurriendo para ello, unos á concepciones *a priori*, hijas de fantasías exaltadas por el sufrimiento y la vista de tanta miseria, y los más acertados á sistemas deducidos del estudio del hombre y de la sociedad, de los elementos que hoy la forman, de sus males y sus causas, y cuya última conclusión es la armonía deseada por medio de la libertad entre el esfuerzo y la satisfacción, y la condenación de todo obstáculo á ella levantado como injusto y atentatorio á la existencia. Sistema que no debe llevar miedo á los gobiernos, porque al economista, como tal, no le importa la forma de gobierno, ni el sufragio, ni las asambleas, ni la tribuna, ni otra cuestión política, y solamente le interesa que los gobiernos abandonen toda atribución que sirva de estorbo á la actividad económica, y que se abstengan de entorpecer su acción prestándole la garantía que la ciencia y el derecho exigen.

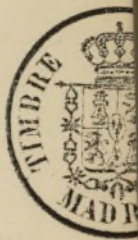
S. C.

### EL SONAMBULISMO NATURAL Y EL HIPNOTISMO.

POR

**Mr. Alfredo Maury.**

La multiplicidad de fenómenos de que se compone el mundo solo es aparente; las fuerzas físicas, por numerosas que parezcan, no son otra cosa que manifestaciones





diversas de idénticos principios, siempre en actividad, pero cuyos efectos varían según su forma de aplicación y según el espacio duradero de su acción. El fenómeno más sencillo exige el recíproco y simultáneo concurso de una multitud de aquellas acciones variadas, que nosotros tomamos por otras tantas fuerzas distintas. De aquí resulta que no existe un solo hecho aislado en la naturaleza, un solo hecho en desacuerdo con el orden general. Todo fenómeno es una de las consecuencias de las leyes universales. Si estas leyes no son igualmente conocidas en la generalidad de sus aplicaciones, no hay duda que los hechos que tenemos continuamente á la vista nos indican por lo menos su marcha y caracteres. Así es cómo los talentos críticos, educados en la escuela de la experiencia científica, rechazan los sistemas especulativos y las teorías de lo sobrenatural, que prestan al universo la existencia de fenómenos en desacuerdo con los principios que le rigen. Apenas se anuncia un hecho de esta clase, la ciencia se apodera de él, le somete á su examen y prueba antes de mucho la verdad de que no debe reconocerse en aquel otra cosa que el resultado de fuerzas análogas á las que intervienen en otros fenómenos ya observados, pero que entonces obran de distinta manera.

Esta observación puede servir á propósito de cuanto se ha dicho acerca del magnetismo animal ó mesmerismo. Mientras que no se había establecido suficientemente la realidad de los fenómenos; mientras que una experiencia seria y detenida no había destruido la falsedad y la ilusión, las pretensiones de los magnetizadores, que querían producir un orden de hechos contrarios á las leyes fisiológicas, fueron recibidas con desden por los sabios, porque ya los intentos de por sí eran una legítima causa de sospecha; pero en el momento en que algunos hechos magnéticos fueron sometidos á una observación escrupulosa, verificada por hombres de prudencia y de talento, lo que se presentaba con apariencias de maravilla, no ofreció bien pronto más que algunos nuevos resultados que estudiar en la parte de los agentes que residen á la sensibilidad y á la vida. Entonces el magnetismo animal entró en el terreno verdaderamente científico, y se disiparon á la vez algunas de las oscuridades que aun hoy le rodean.

Esta revolución es tan reciente, que apenas ha comenzado. Al cabo de más de setenta y cinco años de charlatanería é iluminismo, aquellos fenómenos singulares, á primera vista extraños, han sido reconocidos por la fisiología y la patología, y todas las elucubraciones de lo maravilloso con que se los había adornado, han desaparecido para dejar sitio á las acciones nerviosas, que al presente se trata de estudiar en todas sus diversas formas y en todos los grados de su intensidad. Las últimas comunicaciones presentadas al instituto francés acerca del hipnotismo, prometiendo á la ciencia nuevos descubrimientos, vienen á confirmar las ideas que algunos fisiólogos tenían sobre los verdaderos caracteres del sonambulismo artificial. Vamos á tratar de resumir la historia de los últimos acontecimientos científicos, que han comenzado, como tantos otros, por un tejido de fábulas y quimeras, y que han de darnos por resultado el más

exacto juicio de la extensión y variedad de los fenómenos de la vida.

Uno de los primeros observadores que acometieron, con buena fé completa y siguiendo un método racional, los experimentos sobre el magnetismo animal, el doctor Alejandro Bertrand, comprendió desde luego que los fenómenos de este género, si acaso existían, no podían ser en manera alguna hechos aislados y manifestaciones en que se contradijese la naturaleza. En dos obras publicadas por el mismo, más há de treinta años, trató de investigar el orden de hechos fisiológicos y patológicos á que se sujetaban los efectos extraños observados por él mismo. Comprendía toda la ridiculez y arbitrariedad de la teoría de un fluido magnético animal, que Mesmer pretendía identificar á lo que entonces se llamaba fluido eléctrico, y cuya intervención sustituiría este gran soñador á las acciones resultantes del ejercicio de la economía. Encontró en cuanto se había dicho de los poseídos del demonio, y en particular de las monjas de Loudun, de los profetas protestantes de las Cévennes, de los convulsionarios de San Medardo y otras singularidades históricas, la prueba palmaria de que el sonambulismo artificial no es más que una forma del éstasis cataleptico, afección rara, pero positiva, que se produce de tiempo en tiempo con caracteres epidémicos.

Esta es sobre poco más ó menos la tesis sostenida por Mr. Luis Figuier en su *Historia de lo maravilloso*. Para que semejante opinión fuese decíivamente confirmada, hubiera sido preciso tener á la vista y observar de nuevo aquellas curiosas epidemias mentales. Unos no veían en ellas más que la eugénación, y atribuían á los desórdenes intelectuales, que en algunas ocasiones son contagiosos, lo que el doctor Bertrand juzgaba una afección especial y un desorden particular; otros, prevenidos en contra por los fraudes y supercherías que habían sorprendido en los actos de sonambulismo á que se los había hecho asistir, no hallaban más que la ilusión de los ignorantes y la mentira de los charlatanes en aquellas posesiones, en el entusiasmo de los camisardos (los calvinistas de las Cévennes) y en las convulsiones producidas á la tumba del cura París.

Por muy formales y sinceras que fuesen las observaciones de Bertrand, Georget y otros profesores de medicina, convencidos de la realidad del magnetismo animal, preciso era, por de pronto, no darlas completo asenso, por temor de los errores á que no han escapado en muchas ocasiones los mayores talentos. Sin citar á Swedenborg, que asociaba los conocimientos mineralógicos y físicos positivos á las ideas más quiméricas y á las ilusiones más fantásticas sobre los fenómenos de la naturaleza, otros sabios han sido asimismo juguete de su imaginación atorada en presencia de un fantasma maravilloso. Descartes tenía por cosa seria los sueños de los rosa-cruz, y quiso en un tiempo ser su afiliado. Un célebre naturalista alemán, el compañero del capitán Cook, Jorge Forster, asegura haber él mismo caído durante largo tiempo en las extravagancias del iluminismo y de la alquimia. El ingenioso y espiritual observador Ramond no supo al principio librarse de dar crédito á las imposturas de Caglios-



tro, y Ara o se dejó por algunos instantes engañar por una embaucadora joven electrizada, Angélica Cottin. Así es que, sin inferir agravio á los hombres eminentes que habian admitido la realidad de los efectos del sonambulismo artificial, podíase suponer todavía que sus experimentos no eran de todo punto decisivos.

La dificultad de establecer la exactitud de los hechos consiste en que los fenómenos que dependen del sistema nervioso, evidentemente puesto en juego en el magnetismo animal, no se presentan jamás con la constancia y regularidad necesarias para comprender bien las condiciones y la ley de los mismos hechos. Nada hay menos estable y mas caprichoso que las afecciones neuropáticas. Los síntomas que hoy se observan han desaparecido mañana. Las enfermedades nerviosas son verdaderos Proteos, que cambian de minuto en minuto, y cada caso de histérico, de hipocondría se presenta con un carácter diferente, que por otra parte se modifica á cada momento. Otro tanto sucede con la enagenacion mental, cuyas síntomas físicos son extraordinariamente múltiples y diversos. Cada locura tiene su género particular de delirio.

La gran objecion que se hace al magnetismo animal, y que reproduce Mr. Mabru en un libro destinado á combatirle, es bien poco terminante. Indudablemente, si existiese, como afirman los magnetizadores de profesion, un fluido magnético animal, al que se refieren todos los hechos del orden moral é intelectual, deberíamos encontrar en su distribucion y en su modo de obrar la misma constancia que se observa en la electricidad y el magnetismo terrestre; pero esta quimérica teoria cae deshecha ante un detenido examen, siendo, como demuestra Mr. Mabru, un tejido de extravagancias y contradicciones. No es esta la cuestion: trátase de obtener hechos fisiológicos y patológicos, cuya irregularidad no puede suscitar nuestro escepticismo, en razon á que las afecciones de que provienen son tambien caprichosas y variables en su sintomatología.

(Existe primeramente en el magnetismo animal un hecho, con harta frecuencia repetido para que se pueda razonablemente negar su existencia, y es el sueño y la insensibilidad. Desde luego encontramos, aparte de los fenómenos provocados por la práctica del magnetismo, enfermedades ó estados anormales en que se observan otros fenómenos completamente semejantes á aquellos. Aunque la catalepsia es una enfermedad poco comun, se han estudiado en el dia bastantes casos para que no se dude ya acerca de los caracteres que le son propios. El enfermo se siente acometido de una especie de espasmo, quedando súbitamente inmóvil é insensible; pierde la voluntad, ó por lo menos deja esta de tener poder sobre los miembros, que desde aquel instante conservan la posicion que tenían en el momento de la invasion del mal ó la en que se los ha colocado. Si el ataque es muy violento se pueden dar á las piernas, los brazos ó la cabeza las actitudes mas forzadas, colocar al cuerpo en las condiciones de equilibrio de mas difícil conservacion, en la seguridad de que ha de permanecer por mucho tiempo en tan fatigosa posicion. El cataléptico regularmente no tiene fiebre; su economia interior no aparece realmente alterada; los latidos del corazon, la respiracion, los movimientos intes-

tinuales se repiten como en el estado normal; únicamente los músculos carecen de movimientos espontáneos y sufren las impulsiones exteriores del mismo modo que si fueran cuerpos inertes. La catalepsia puede ser mas ó menos completa; reaparece con intermitencias, y en ocasiones se presenta desnuda de fenómenos precursores. La inteligencia se embota; pero este adormecimiento es precedido con frecuencia de visiones dolorosas y de un verdadero delirio. El hombre puede, en consecuencia, caer en un sueño análogo al que se produce por los medios que emplean los magnetizadores, y si se deben conservar dudas acerca de la realidad del sonambulismo ejercido sobre algunos magnetizados de profesion, el hecho no ofrece en sí mismo nada que esté en desacuerdo con lo que se observa en algunos enfermos.

Esto en cuanto al sueño. Veamos ahora la insensibilidad. Es sabido que los sonámbulos aspiran impunemente amoniaco muy concentrado y se dejan pellizcar, hacer cosquillas, pinchar y hasta herir sin que manifiesten aparentemente el menor dolor ni den señal alguna, por ligera que sea, de su sensibilidad. Un célebre profesor, Mr. Julio Cloquet, dice que ha estirpado un tumor del pecho á una mujer sumida en el sueño magnético, sin haber observado en la paciente el menor síntoma de dolor. Mas tarde, en 1846, los doctores Loyssell y Gibon de Cherburgo practicaron la ablacion de una glándula cancerada á una mujer, adormecida por un magnetizador, la que permaneció insensible durante toda la operacion. Al año siguiente, un médico de Poitiers llevaba á cabo otra operacion igualmente dolorosa en la persona de una sonámbula, que no dió señal alguna de sensibilidad. Estos hechos, aunque atestiguados perfectamente, habian dado margen á ciertas dudas; pero despues del descubrimiento de los anestésicos, lo que parecia un milagro es ya un fenómeno diario.

Por medio de la accion tóxica del éter sulfúrico, del cloroformo, del amileno, empleados con prudencia, se determina una insensibilidad completa, y en el dia se consigue en pocos instantes lo que hace veinte años causaba admiracion al doctor Cloquet. En la somnolencia reproducida por la inhalacion de los agentes anestésicos, se producen casi las mismas circunstancias que en la catalepsia. La insensibilidad de los sonámbulos, la pérdida de su voluntad y hasta la relajacion pasajera de sus músculos, no se encuentra en manera alguna en contradiccion con la fisiología; y si el empleo de los tóxicos produce los mismos fenómenos de la catalepsia y el histérico, ¿por qué no han de originarse los mismos fenómenos por medio de otros procedimientos?

El sueño profundo y la insensibilidad, puntos de partida del sonambulismo artificial, no son en él los efectos mas singulares. Ademas de estos fenómenos se produce con frecuencia un desarrollo particular, acompañado de exaltacion de la sensibilidad y sobreexcitacion de las facultades intelectuales. Este punto es, pues, el que nos lleva al terreno de lo que se ha llamado maravilloso en el magnetismo.

Mucho tiempo hace que se habia notado en los histéricos efectos nerviosos de la misma índole que los que se atribuyen al sueño magnético. El vulgo, siempre dis-



puesto á prestar una intervencion sobrenatural á todo aquello que se separa de los fenómenos que le son mas familiares, veia, como los magnetizadores, algo de fantástico en aquellos efectos. El histerismo es seguramente una de las enfermedades mas caprichosas que se conocen. La persona que la padece pasa sucesivamente de un estado de postracion total, que á veces llega hasta equivocarse con la muerte, á una sobreexcitacion prodigiosa que imprime á los sentidos un grado de ingenio y agudeza desconocido en el estado normal. Hasta en la que aspiran el éter, algunos sentidos, antes de adormecerse, pasan tambien por un notable estado de sobreexcitacion. El oido, por ejemplo, bastante debilitado ya para no escuchar las voces, percibe aun, segun observa el profesor Gerdy, los sonidos con una vibracion que redobla y triplica su intensidad. El ruido mas imperceptible hacia experimentar al sonámbulo cataleptico descrito por el doctor Puel un sacudimiento eléctrico. Este desarrollo repentino é inusitado de la sensibilidad nerviosa es lo que se ha atribuido á un don particular.

Se ha supuesto con frecuencia que los atacados del histerismo estaban inspirados por los espíritus malignos ó atormentados por el demonio. Como la mas ligera sensacion bastaba para que aquellos infelices se apercibiesen de la presencia de cualquier persona ú objeto, como la vista y el oido adquirian en ellos facultades tan latas, que veian y oian á larga distancia, desde luego se llegaba á suponer que estaban dotados de verdadera adivinacion y espíritu profético. Lo que afirmaba á las imaginaciones supersticiosas en esta opinion era que los enfermos, durante los accesos, demuestran una memoria poderosa y una facilidad y claridad de elocucion extraordinarias. Cuando son victimas de alucinaciones, de visiones generalmente relacionadas con las ideas que los preocupan, ó provocadas por sensaciones internas y extravagantes que los agitan, los histéricos refieren en tono inspirado y lleno de conviccion cuanto ven y sienten en medio de su delirio, siendo estos relatos aceptados entonces como otras tantas revelaciones. Las crónicas y anales de la Edad Media se encuentran llenas de hechos análogos, y asimismo se los halla en la antigüedad como hoy entre los pueblos de menos cultura.

La inteligencia está siempre sujeta de tal manera al sistema nervioso, que jamás sufre este una perturbacion profunda sin que se origine consecutivamente á aquélla un delirio terrible, acompañado casi siempre del escésivo desarrollo de ciertas facultades intelectuales. Esto es lo que se observa con mucha frecuencia en la enagenacion mental. Causa asombro la fuerza de los recuerdos en algunos dementes, y su locuacidad, que llega en ocasiones hasta á ser elocuente. Van-Swieten ha citado el caso de una joven costurera, que jamás habia manifestado las menores disposiciones para la poesia, y que sin embargo comenzó á hacer versos en el delirio de una calentura. Mr. Michéa observa que en la especie de locura apellidada *excitacion maniática* se presentan con tanta rapidez á la imaginacion del enfermo las analogías de las palabras y los retruécanos, que encuentra una gran facilidad en la emision de chistes oportunos, trayendo al mismo tiempo

á la memoria lo mismo relaciones en prosa que tiradas de versos. El Tasso sentíase mas inspirado en sus accesos de locura que en los intervalos lucidos, y el mismo Mr. Michéa asegura haber visto por sí propio en el hospital de Bicêtre á un carnicero que durante un acceso de mania recitaba escenas enteras de la *Fedra* de Racine; este pobre maniático solo habia leído aquella tragedia una vez, y despues cuando recobró la razon hizo en vano esfuerzos para recordar un solo verso de la misma. Erasmo afirma haber oido á un muchacho de Spoleto, que en el acceso de una fiebre con delirio, producida por las lombrices, hablaba con mucha propiedad el alemán, teniendo apenas rudimentos de este idioma.

Algunas personas sencillas é ignorantes en demasia, cuando se hallan poseidas de una monomania religiosa, que pudiera llamarse locura razonadora, hacen gala y ostentacion de tales conocimientos de los textos sagrados y materias teológicas que sorprenden. Las citas que oyeron en un sermón, las oraciones que escucharon en la iglesia acuden rápidamente á su imaginacion, que solo en aquel momento sabe coordinarlas y verterlas en discursos verdaderamente inspirados. Coleridge, en su *Biografía literaria*, pone el ejemplo de una criada loca que aunque era completamente iliterata, repetia sentencias griegas, tomadas de un padre de la Iglesia, y que accidentalmente habia oido recitar en alta voz á un sacerdote á cuyo servicio estaba.

(Se continuará.)

## EL SIGLO Y EL NEGRO.

### Cuento núm. 3.

El que quiera encontrar la gracia á este cuento, que no lo lea.

Pues señor—que me dispense la repeticion el que tenga gana de ello, y el que no que lo deje—una vez, el siglo, seguido de su inseparable Francisco, que no me han dicho cuánto tiempo llevaba ya de estar en su compañía, salió de la ciudad de la Habana y *pédibus* andando se fué al Cerro.

El Cerro—esto lo digo para aquel que no lo sepa—es un pueblo situado cerca de la capital, en el cual hay muchas quintas y casas de campo, á las que acude la gente rica para escapar á los rigores del calor.

Entre paréntesis—¡qué bueno es el ser rico!

Era de noche.

Y el siglo, que segun dicen es rico, habia tenido el capricho de irse á pie hasta una de las quintas del Cerro con objeto de dar un paseo y cenar con mas apetito.

Llegó, pues, á ella con su fiel acompañante, y entrando sin llamar, como aquel que tiene mucha franqueza ó mucho descaro, que esto á veces se suele confundir, se dirigió á un pequeño pabellon situado en el centro del jardín y compuesto de dos piezas, una que servia de antecala, y la segunda que podria llamarse salon si no fuera tan pequeña. En esta última es donde entró el señor, seguido siempre de su criado.

Dejóse caer en una butaca ó *mecedor*, como se le quiera llamar, y exhaló un suspiro, yo no sé por qué, ni me lo han explicado tampoco.

Imitóle el negro; pero con tan poca suerte que rompió la butaca, y cayendo al suelo, en vez de un suspiro, lanzó un grito de dolor.



—¡Animal! gritó el siglo volviéndose.  
 —No es animal, niño, soy yo.  
 —Lo mismo da.  
 —Perdone, niño, su *mersé* me ha dicho que los animales no tienen alma, y yo sí, y que....  
 —Ya me vienes con disputas.  
 —Niño, yo no disputo, yo contesto, y si no me doliera la cintura, continuó el negro levantándose á duras penas....  
 —Pero ¿cómo te has caído? le interrumpió el siglo volviendo al asunto principal, del cual se habia apartado á causa de la respuesta del negro.  
 —Me fui á sentar....  
 —¿Quién te mandaba hacer tal?  
 —Su *mersé*, que me ha dicho de hacer siempre lo que él haga.

Callóse el siglo, y el negro no se atrevió á continuar porque ya tenia recibidas algunas pruebas de la bondad de su amo, que aunque predicando todo el dia contra las guerras, el mal trato y otras cosas por el estilo, no se desdenaba de aplicar sendos puntapiés al infeliz que la casualidad habia llevado á su poder.

Media hora despues volvió á empezar la conversacion de la manera siguiente:

EL SIGLO. Mira, Francisco, ¿sabes lo que pienso?

EL NEGRO. No, niño; pero lo voy á saber.

EL SIGLO. ¿Por qué?

EL NEGRO. Porque me lo dirá su *mersé*.

EL SIGLO. ¿Tienes razon, soy un tonto!

EL NEGRO. Es verdad.

EL SIGLO (*furioso*). ¿Cómo que es verdad?

EL NEGRO. Sí, niño.

EL SIGLO. ¿Tunante, te atraves!

EL NEGRO. ¡Niño, por Dios! Yo no me atrevo.

EL SIGLO (*con autoridad*). Pideme perdon.

EL NEGRO (*arrodillándose*). Perdon.

EL SIGLO (*haciendo un ademan protector con la mano*). Está bien. Pero ten cuidado para otra vez, porque te advierto que aunque predico siempre contra las medidas violentas, yo soy muy amigo de ellas....

EL NEGRO (*ya mas tranquilo*). Entonces, ¿por qué predica su *mersé*, niño?

EL SIGLO. Porque es necesario, porque mi padre al morir me lo recomendó mucho, y hoy es una cosa necesaria....

EL NEGRO. ¡El ser hipócrita!

EL SIGLO. No, hombre; predicar los buenos principios, gritar contra los abusos, hablar mucho, escribir, en fin, hacerse notar, aunque despues sea uno, en la vida íntima, un déspota, un Neron, una fiera.

EL NEGRO. Pues eso es lo que me dijo su *mersé* el otro dia que era ser hipócrita.

EL SIGLO. Quitá allá, yo no he podido decir eso.

EL NEGRO. Sí, niño, su *mersé* lo ha dicho.

EL SIGLO. Estaria soñando.

EL NEGRO. Eso será; eran las doce de la mañana y su *mersé* estaba almorzando.

EL SIGLO. Bien, dejemos eso, y vamos á lo que yo estaba pensando.

EL NEGRO (*levantándose y haciendo ademan de echar á correr*). Vamos.

EL SIGLO (*deteniéndole*). ¿Dónde vas?

EL NEGRO (*parándose*). A lo que estaba el niño pensando.

EL SIGLO (*sonriendo*). Eso yo te lo diré.

EL NEGRO. Ya me lo figuré yo antes; pero como ahora ha dicho su *mersé*, vamos á.... yo me he creído que se trataba de correr.

EL SIGLO. ¡Eres un estúpido!

EL NEGRO. Sí, niño.

EL SIGLO. Oye, pues, lo que estaba pensando. El otro dia te di un libro para que lo leyeras.

EL NEGRO. Dispense, niño, su *mersé* no me lo dió, me dijo que era prestado nada mas.

EL SIGLO. Es cierto; pero como yo vivo de lo mismo, eso no te habra impedido leerlo.

EL NEGRO. Y ¿cómo queria su *mersé* que lo leyera siendo prestado?

EL SIGLO. Lo mismo que si hubiera sido tuyo.

EL NEGRO. Eso no podia ser, porque el niño me dijo que cuando se tomaba algo prestado habia que tener mucho cuidado en conservarlo, y yo á fin de no echarlo á perder no he tocado el libro.

EL SIGLO. Los libros nada tienen que ver con lo que te dije sobre las cosas que se prestan. Un libro, cuando se pide, es para devolverlo.

EL NEGRO. Yo no sabia eso.

EL SIGLO. Pues ya lo sabes para otra vez.

EL NEGRO. No se me olvidará.

EL SIGLO. Bueno; pero no vayas á guardarte el que yo te he prestado.

EL NEGRO. No tenga su *mersé* cuidado; ese se lo devolveré porque no me sirve.

EL SIGLO. Pues ¿qué le ha pasado?

EL NEGRO. Que se ha empeñado en no dejar que lo lean,

EL SIGLO. ¿Cómo ha sido eso?

EL NEGRO. Figúrese su *mersé* que el otro dia lo habia yo dejado muy bien puesto sobre el borde de un barril de engrudo; el muy simple, en vez de estarse quieto, se tiró dentro, y cuando yo volví á verle tuve que sacarle todo lleno de aquella masa pegajosa. Primero me ocurrió lavarle; pero reflexionando despues que esto podria hacerle daño, porque el engrudo estaba caliente, me pareció mejor ponerlo al sol para que se secase, y así lo hice, sujetándolo con un gran pedazo de plomo para que no volviese á tirarse en ninguna parte. Luego, cuando estuvo seco, traté de abrirle; pero ¡cá! no pude; parecia que se habia vuelto de piedra, y yo calculo que hizo esto por vengarse de mí que lo habia sacado del engrudo.

EL SIGLO. Vaya, está visto que por mas que haga no podré llegar á civilizarte.

EL NEGRO. ¿Qué es civilizar?

EL SIGLO. Hacerte digno de vivir conmigo, quitarte esa ruda corteza que te cubre, enseñarte á vestir, á saludar, á comer, á hablar, á....

EL NEGRO. Pues todo eso lo sé yo.

EL SIGLO. Sí, pero lo haces todo á lo bárbaro.

EL NEGRO. Y ¿qué mas da?

EL SIGLO. Vaya si importa.

EL NEGRO. Con eso, ¿me quitará su *mersé* el ser esclavo?

EL SIGLO. No, eso no puede ser.

EL NEGRO. ¿Por qué?

EL SIGLO. Porque haceis falta para el cultivo de la caña, del algodón y....

EL NEGRO. Pues no piensan así los Estados del Norte, que hablan nada menos que de dar libertad á todos los esclavos de la Union.

EL SIGLO. ¿Quién te ha dicho eso?

EL NEGRO. Yo que lo he leído.

EL SIGLO. ¿Dónde?

EL NEGRO. En un papel muy grande que tenia su *mersé* sobre la mesa.

EL SIGLO (*aparte*). Civilice Vd. despues á la gente para que le contesten á uno así. Pero, veamos hasta dónde vá



este.—Oye, continuó, hablando alto, trae el papel donde has leído eso.

EL NEGRO (sacando un periódico del bolsillo). Precisamente lo tengo aquí, niño, porque hay algunas cosas que yo no entiendo.

EL SIGLO. Veamos, ¿cuáles son?

EL NEGRO. En primer lugar, su mersé me ha dicho que el gobierno de esos Estados era muy bueno, y no acierto por qué entonces se matan unos a otros con tanta furia. Si los que mandan son buenos, todos debían estar contentos.

EL SIGLO. Y todos lo están.

EL NEGRO. Entonces ¿por qué hacen la guerra?

EL SIGLO. *That is the question*, como dicen ellos.

EL NEGRO. Ya lo creo que lo dirán, pero yo no lo entiendo.

EL SIGLO. Te lo explicaré. Los del Norte no quieren que haya esclavos y los del Sur quieren tenerlos.

EL NEGRO. Los del Norte tienen razón.

EL SIGLO. Ya sabía yo que tú se la darías desde luego por la parte que te toca.

EL NEGRO. Pues no me toca nada; mas le toca a su mersé.

EL SIGLO. ¿Por qué?

EL NEGRO. Porque su mersé se llama el niño siglo de la libertad, de las luces, de la civilización y de otras muchas cosas, y sin embargo no hay nada de eso.

EL SIGLO. ¿Cómo se entiende?

EL NEGRO. Claro. Si hubiera libertad, esos de los Estados-Unidos harían lo que les diese la gana, y no se meterían en averiguar si el vecino tenía esclavos o dejaba de tenerlos.

EL SIGLO. Pero están ofuscados....

EL NEGRO. ¿Pues y las luces?

EL SIGLO. ¿Están ciegos!

EL NEGRO. ¿Y la civilización?

EL SIGLO. Nada tiene que ver.

EL NEGRO. Ya, por eso en vez de cuidarse de aumentar lo que tienen, queman el algodón y....

EL SIGLO. Eso son azares de la guerra.

EL NEGRO. ¿Y la guerra es un azar de la civilización?

EL SIGLO. La guerra es cosa muy antigua, y según la tradición de mi familia....

EL NEGRO. ¿La familia de los siglos!

EL SIGLO. Sí, según esa tradición, pues mis primeros padres la conocieron ya. Es verdad que entonces no se hacía entre hermanos, sino entre razas.

EL NEGRO. ¿Luego ahora las guerras son mas feroces?

EL SIGLO. No he querido decir eso.

EL NEGRO. ¿Qué dice entonces su mersé?

EL SIGLO. Que las guerras son una herencia.

EL NEGRO. ¿Y por qué ha aceptado el niño tan mal legado?

EL SIGLO. Porque no tuve otro remedio. Yo me propuse suprimirlas apenas salí de la niñez, é inventé un instrumento nuevo.

EL NEGRO. ¿Cuál?

EL SIGLO. La diplomacia.

EL NEGRO. ¿Qué es eso?

EL SIGLO. Una ciencia en que todo el saber consiste en engañar á los otros, sin dejarse engañar por ellos.

EL NEGRO. Pero el engañado querrá vengarse despues.

EL SIGLO. Ahí está el caso.

EL NEGRO. De modo que no os ha servido de nada.

EL SIGLO. Al contrario. Tanto han hecho, que en vez de suprimir la guerra la han encendido por todas partes, y hoy no se piensa mas que en ejércitos, escuadras, fortificaciones y máquinas infernales.

EL NEGRO. Habeis adelantado bastante.

EL SIGLO. ¿Qué quieres! Yo no había contado con la necia vanidad de los hombres. Me figuré que eran buenos, amantes de su patria, desinteresados y otra porción de cosas, y despues he visto que por quitame allá esas pajas, como dicen en España, son capaces de sacrificar, no su vida ni sus intereses, sino los intereses y la vida de un pueblo entero.

EL NEGRO. Como hacen los americanos.

EL SIGLO. Justamente.

EL NEGRO. Pues me ocurre ahora que en Guinea no somos tan diplomáticos.

EL SIGLO. Y teneis menos guerras.

EL NEGRO. Cuando las tenemos es por algun motivo sério.

EL SIGLO. ¡Oh!

EL NEGRO. ¡Ah!

EL SIGLO. ¡Perverso de mí! como me llaman los postas que no tienen dinero.

EL NEGRO. Calle, ¿y porque no tienen dinero os llaman perverso?

EL SIGLO. Sí, es una mania como otra cualquiera; pero se la perdono de buena gana, porque despues de todo, no han conocido á mi padre ni conocerán probablemente á mi hijo, y por consiguiente no pueden hacer comparaciones.

EL NEGRO. Según eso, el padre de su mersé fué malo.

EL SIGLO. A lo que cuentan, parece que sí.

EL NEGRO. ¿Y el niño no lo defiende?

EL SIGLO. ¿Para qué?

EL NEGRO. Para que no le juzguen mal.

EL SIGLO. Eso es inevitable.

EL NEGRO. ¡Inevitable!

EL SIGLO. Sí.

EL NEGRO. No sé por qué.

EL SIGLO. A causa de la vanidad de los hombres míos. Figúrate que se han creído ser el *non plus ultra* de los sabios en todos los ramos de los conocimientos humanos, y por esto han dado en llamarme el de los adelantos, el de la electricidad, del vapor....

EL NEGRO. ¡Ah! ¡Ah! ¡Aaaa! (bostezando).

EL SIGLO. ¡Insolente, en mi presencia!

EL NEGRO. Niño, tengo sueño.

EL SIGLO. En verdad que ya son mas de las doce, y no te falta motivo. Anda, anda á acostarte.

EL NEGRO. Buenas noches, niño.

EL SIGLO. Anda con Dios, que otro día te explicaré lo que iba á decirte.

Fuese, pues, el negro á la cama, y el siglo, aunque enviándole tuvo que permanecer levantado, porque obligado á ir siempre hacia adelante, no puede dormir nunca.

Pero yo, que no soy el siglo, me voy también á acostar. Un consejo os daré antes, lectores, si estais desvelados; cojed este cuento y os afirmo que antes de llegar á la mitad os quedais dormidos.

Con que hasta otro, que por esta vez ya hay bastante fastidio.

En el núm. 3 habrá.... lo que haya.

LINO.

## LAS ARTES EN ESPAÑA.

(Continuación.)

Los pintores volvieron de Roma, y entusiasmados con las obras maestras que habían tenido ocasion de admirar se dedicaban á levantar su arte á la mayor altura posible. Pero



el siglo XVI no estaba destinado á ser para los pinceles lo que fué para el escoplo y el compás. Sin embargo, no por eso dejó de producir buenos maestros, y en la época en que todo se pintaba, todo era buen gusto y afán de gloria, brillaron algunos genios como el de Vicente Joanes, que aunque algo seco merece contarse entre los primeros maestros de todas las escuelas. Al lado de este, Luis de Vargas, autor del Descendimiento de la Cruz que existe en el hospital de las Bubas de Sevilla, maestro cuya manera de dibujar es quizá la mejor, la mas valiente y exacta que se ha conocido; el divino Morales, Sanchez Cello, Carvajal, Barroso, Luis Velasco y muchos otros que merecen contarse entre los grandes maestros, porque sus obras tienen bastante mérito, les dieron gloria asaz para poder compararse con ventaja con las de los émulo suyos de otras escuelas que trataron de sobrepujarles. Y por fin, Fernandez Navarrete, el Mudo, que fué un prodigio, pues á pesar de haber quedado sordo y mudo desde muy niño, fué el mejor pintor de esta época; valiente en sus concepciones y á un tiempo brillante y dulce de color, fué el mejor colorista de su tiempo, logrando vencer á todos sus rivales. Sus numerosos y bellos cuadros, el gran favor que mereció á Felipe II y los siguientes versos que Lope de Vega le compuso, son una prueba de ello:

No quiso el cielo que hablase  
Porque con mi entendimiento  
Dese mayor sentimiento  
A las cosas que pintase.  
Y tanta vida les di,  
Con el pincel singular,  
Que como no pude hablar  
Hice que hablasen de mí.

Y el célebre poeta al pintarlo así no mentía, porque Fernandez Navarrete, tenemos gusto en repetirlo, fué un prodigio.

Los grabados en hueco y en dulce llegaron entonces, como la arquitectura, al término de su perfeccion. Esto no se nos podrá negar al recordar las apreciables medallas de Leoni, el retrato del príncipe don Carlos, grabado en un diamante por Clemente Birago, y las raras estampas de Pedro Perret.

Se ve, pues, que la segunda mitad del siglo XVI, tan fecundo en gloriosos acontecimientos y al mismo tiempo en desastres horribles, provocados los unos por la ambicion y causados los otros por los elementos; época aciaga á un tiempo y dichosa que contempló la batalla de Lepanto, y la destruccion de dos magníficas escuadras españolas, fué al mismo tiempo brillante para las artes.

Murió Felipe II, dejando la corona á su hijo Felipe III, único varon que le quedaba, y legándole con un tesoro exausto, el ejemplo de sus muchos desaciertos. Pero mas cauto este, y testigo de la mucha gente y dinero que se habian sacrificado en los dos reinados anteriores, trató desde luego de restablecer la prosperidad de sus Estados por medio de la paz, siendo de los mas brillantes para las artes el paso del siglo XVI al siglo XVII. No fué muy largo el reinado de este príncipe y bien pronto Felipe IV, que durante la mayor parte de su vida fué dominado por su ministro el conde de Olivares, se vió llamado á ocupar el trono.

Entonces fué cuando comenzó la primera época de la estraccion de pinturas del reino, á pesar de estar las artes en gran estimacion en la corte, pues en 1623, habiendo casado el príncipe de Gales con la infanta doña María, se ocupó en comprar muchos cuadros, recibiendo ademas de Felipe IV gran número de ellos como regalo.

Pero, sin que esto obstase ni fuese bastante á detener el vuelo de los genios protectores de las artes españolas, estas

siguieron progresando. El Escorial, ese magnífico y á un tiempo severo y rico edificio, mandado construir por Felipe II á consecuencia de la batalla de San Quintin, habia fijado el gusto en España. Las arquitecturas mista y gótica habian desaparecido. La escultura conservaba en Monegro y Leoni dos sostenedores de su gloria y de su apogeo. Y á pesar de que algunos sostienen que la decadencia de la pintura comenzó entonces, nosotros tenemos que afirmarnos en la opinion contraria, pues los pintores, abandonando su timidez, saliendo de los límites en que habian permanecido encerrados hasta esta época, reemplazaban todo esto con un estilo nuevo, vigoroso y correcto, que dando mas vida á sus producciones, mas naturalidad y mas belleza, las hacia doblemente dignas de ser admiradas.

Tres escuelas se formaron, la de Valencia, la de Sevilla y la de Madrid.

Y estas tres escuelas á cual mas brillantes, á cual mas dignas, émulas las unas de las otras, se vieron dignamente sostenidas por varios maestros cuya gloria llegará á la posteridad.

En Valencia, Francisco Ribalta, sus hijos los Zariñenas y el buen Jacinto Gerónimo de Espinosa, llamado el segundo Dominiquino, reanimaban el estilo, daban libre curso á su fecunda imaginación, y desenvolviendo sus talentos, pintaban bellísimos cuadros.

En Sevilla, el fecundo Juan de las Roelas, tan rico de color, el fogoso Francisco de Herrera, el Viejo, tan atrevido en el manejo del pincel, y otros que despues citaremos, se immortalizaban con sus magníficas creaciones.

En Madrid, Vicente Carducho, Eugenio Cajes, y otros que se distinguían sobre todo por la exactitud del dibujo y la belleza del colorido, abriendo las puertas del templo de la pintura á la juventud entusiasta y ofreciendo á la admiración pública las ricas producciones de sus pinceles.

Pedro Orrente vagaba por España; Luis Tristan pintaba en Toledo, y Alonso Cano despertaba en Madrid el entusiasmo de todos los que llegaban á ver sus cuadros.

Velazquez de Silva, uno de los mas célebres pintores españoles, habiendo logrado, protegido por el conde de Olivares, hacer un retrato de Felipe IV tan amigo de placeres y diversiones, se captó de tal manera su favor, que el monarca, entusiasmado con la pintura, mandó recoger cuantos retratos suyos se habian hecho hasta entonces, ofreciendo á Velazquez que nadie sino él tendria en adelante el privilegio de pintar su real persona. El artista, mas y mas animado con esta distincion, se aplicó de manera, que bien pronto la corte se vió llena de sus magníficas é imponderables producciones.

Francisco Zurbarán se immortalizaba en Sevilla con su cuadro de Santo Tomas, que tantos aplausos le valió. Moya se hacia célebre con sus producciones.

Y Carreño Pareja, Cerezo, Pezuela, Cabezalero y otros, sobre todo Claudio Coello, discípulos todos de los maestros antes citados, se hacían tambien notables.

En la misma época un pobre jóven, de modesta apariencia y tímidos modales, se presentaba en Madrid, y recibido por Velazquez obtenia su proteccion, gracias al talento de que dió pruebas. Este jóven, despues de haberse ocupado durante tres años en copiar los mejores maestros, vuelve á Sevilla, su patria, y dando libertad á su inspiracion y á su genio, conquista los sufragios de todos y se hace admirar de propios y estraños, por su inimitable colorido, la fluidez de su pincel, la verdad de sus carnes y la suavidad de su estilo. Era Bartolomé Esteban Murillo, el que todos llaman el gracioso Murillo, por la gracia que respiran sus composiciones, cuyos contrastes de claro oscuro, cuyos dulces



desvanecimientos cautivan la mirada y la encadenan por decirlo así al lienzo en que una vez se fija.

La escultura, aunque en decadencia, se sostenía sin embargo, gracias á los esfuerzos de Monegro, Juan Martínez Montañés, Pedro Roldán, Alfonso Cano, que imitaba la simplicidad de los antiguos con la misma gracia que se nota en sus cuadros, Gregorio Hernandez, cuya reputación llegó á ser extraordinaria, Moure, Luis Fernandez de la Vega, Pereyra, autor de la famosa estatua de San Bruno que estuvo en la calle de Alcalá, en Madrid; Muñoz, Pedro de Mena y otros si no tan conocidos, por lo menos tan amantes del arte como los que dejamos citados.

A pesar de todo, la decadencia de las artes se pronunció definitivamente, y el siglo XVII vió, por decirlo así, morir el arte al tocar á su fin. Felipe V, primer monarca de la casa de Borbon, entró á reinar al comenzar el siglo XVIII; pero la guerra de sucesión que entonces se originó acabó de borrar las pocas ideas de bellas artes que habían quedado.

Palomino y García Hidalgo, animados por su buen deseo, sintiendo arder en su pecho el fuego santo del amor al arte, trabajaron para conservar las artes si no en todo el esplendor de su brillo, al menos con reputación bastante para que no se viesen abandonadas; pero ni ellos ni sus discípulos pudieron conseguirlo, porque el templo de Jano acababa de abrirse, y la pintura, la escultura y la arquitectura, asustadas cual tímidas doncellas, al ver salir en tropel tanto guerrero, alerradas con el ruido atronador de los cañones, atristadas al contemplar tanta sangre y destrozo tanto, huyeron desfavori las de nuestro suelo.

Las cornucopias y papeles estampados sustituyeron, no con ventaja pero sí con economía, á los buenos cuadros de nuestros mejores maestros, que salían del reino para ser llevados á extrañas tierras. Y las bellas artes, avergonzadas con tanto desprecio, se precipitaron por la senda de la decadencia para arrojarse al fin al abismo del abatimiento y del olvido.

Las bellas artes habían muerto.

Para resucitarlas, para levantarlas de nuevo del polvo entre el cual yacían, trajo Felipe V, una vez pacífico poseedor de la monarquía, los mejores profesores de Italia y Francia y las estatuas de la famosa colección de la reina Cristina. Envió jóvenes pensionados á Roma y dispuso toda su protección á los artistas. Fernando VI, su sucesor erigió la academia de bellas artes, dotándola competentemente y siguió enviando pensionados á Italia. Pero á pesar de tantos esfuerzos, ningún artista llegó á brillar lo bastante para oscurecer las sombras de Berruguete, Muriilo, Velazquez y Perez, cuya gloria nadie pudo alcanzar.

Cárlos III, ese gran rey cuya figura colosal contribuyen tanto á hacer brillar en la historia sus mismos ministros, fué el que consiguió al fin, si no el levantar las artes á su pasada altura, reanimarlas de nuevo y despertar en los españoles el buen gusto adormecido.

Ventura Rodriguez, discípulo de Marchand y de Jubarra, encontró la arquitectura en el estado en que la dejaran Tomé, Barbás, Churriguera y otros, que llegaron á ser considerados como eminentes artistas, gracias á la época triste en que aparecieron; y á pesar de todos sus detractores, el estilo sencillo, grave y elevado que había adoptado y que constituye la verdadera belleza, se propagó por las principales ciudades de España. Sabatini se hizo célebre con el arco de triunfo que forma la puerta de Alcalá, y Villanueva se distinguió en el Museo de ciencias naturales, hoy Museo de pintura y escultura.

En la escultura son dignos de mención el gallego Felipe Castro, que cinceló las estatuas de emperadores romanos

que hay en el patio del real palacio; Rioja y Contreras, el universal Ventura Rodriguez, que diseñó todas las fuentes del Prado, y Gutierrez, Alvarez, Pascual de Mena, y Vergaz que las ejecutaron; Vergara y Capuz que enriquecieron á Valencia con preciosos escultados, algunos de los cuales merecieron ir á figurar al Vaticano al lado de tantos prodigios del arte; Martinez y otros que no fueron tan notables.

Cárlos III, que había merecido en Italia el título de protector de las artes, quiso hacerse también digno de él en España, y trajo á Madrid al gran Antonio Rafael Meugs, pintor que había inscrito su nombre en el catálogo de las mayores celebridades del arte cuando solo contaba catorce años. Meugs adornó el palacio real con sus obras inmortales, entre las cuales las que recordamos mas notables son: el *Nacimiento de la aurora*, la *Apoteosis de Hércules* y la de *Traiano*, la *Natividad*, *Andrómeda* y *Jesucristo en el Calvario*, que conserva el Museo de pinturas.

Pero el gran beneficio que España debe á este maestro, no tanto consiste en sus obras, por sublimes que sean, sino en la ilustración que difundió entre los españoles, restaurando en ellos el sentimiento de la verdadera belleza. Maella, el aragonés Bayer, el valenciano Vergara, el memorable Goya y otros de sus discípulos si no se elevaron á la misma altura que el maestro, abrieron una nueva era á este arte divino.

Cárlos III, además, mejoró la casa de la Academia, y la llenó de los mas caros y famosos modelos del antiguo.

Su hijo Cárlos IV distinguió á los artistas con inteligente afición, aumentando los privilegios de las academias; pero los desaciertos de Godoy, su primer ministro, vinieron pronto á colocarle en una posición demasiado difícil para que pudiera pensar en las artes. En 1793 Luis XVI había perecido en un cadalso en el pueblo vecino, y al principiar el siglo XIX, Napoleon Bonaparte, que había venido á ser su sucesor, penetra en España como amigo, y trata al vernos confiados en su palabra de atarnos á su carro de triunfo. Pero los españoles no se dejan ahorrer tan facilmente, y la guerra de la independencia dió al mundo una nueva prueba de su valor y de su heroísmo.

Al comenzar este siglo las artes gemían de nuevo en la oscuridad y el silencio.

Pero el siglo XIX, este siglo escepcional, de la electricidad y del vapor como ha dado en llamarsele, no podría reasumirse aquí con la brevedad necesaria, y por lo tanto soltamos la pluma, dejando al cuidado de otro mas práctico en el asunto el encargo de describir el estado de las artes en España en la época actual.

JUAN BAUTISTA CANTERO.

## UNA VENGANZA.

NOVELA POR

don Juan Bautista Cantero.

(Continuación.)

Una vez todo preparado, cogió los dos pucheros, y cerrando la puerta de su habitación, subió rápidamente los escalones que la separaban del piso quinto, y entró en el cuarto de la joven.

Precedámosla, y veamos lo que ocurre en aquella especie de desván, que mas bien que morada destinada á seres humanos parece la guarida de una fiera. En este zaquizami, de techo tan bajo que para andar por él es preciso doblar el cuerpo, cuyas paredes se hallan ennegrecidas por el humo,



así como las vigas que sostienen el techo, por entre las cuales penetra el agua cuando llueve, hay dos seres vivientes, dos criaturas humanas, cuyos pechos agitados, cansados de suspirar, respiran sin moverse apenas, produciendo por intervalos una especie de sonido tan apagado, que no puede llamarse suspiro ni se parece tampoco á un quejido. Es algo de mas triste, de mas desgarrador; es algo que la pluma no puede definir.

En el rincon de la derecha, sobre un monton de paja cubierto con un pedazo de tela ordinaria, hay una mujer.

Al lado de esta especie de lecho miserable y frio se ve un hombre sentado en el suelo con la barba pegada á las rodillas y sujetando la cabeza entre las manos.

Maria, que así se llama la mujer, es una jóven de diez y seis años, morena, alta, bien formada. Sus ojos negros y apagados por la fuerza de la calentura se hallan fijos con cierta tenacidad desconsoladora; tanto se parece á la locura. Su boca, seca y entreabierta, parece pedir algo que humedezca la garganta. Pálida, desencajada, casi yerta la infeliz niña, apenas conserva un resto de razon para poder apreciar lo critico de la situacion en que se encuentra.

Su hermano Luis, que solo tiene diez y nueve años, se halla tan disfigurado, que no nos atrevemos á hacer ahora su retrato. Apenas cubierto con un viejo pantalon y un gabán lleno de remiendos, despeinado, sucio, uraño y casi ferroz, mas bien tiene traza de un bandido que de otra cosa. Y sin embargo, es un jóven de corazon noble, de alma grande, de sublimes aspiraciones, que ama á su hermana con delirio y no dudaria un instante en sacrificar por ella su vida. Pero la desgracia, los desengaños, la miseria le han dado un barniz de maldad que no le sienta.

La desesperacion retratada en su semblante asusta.

Los movimientos nerviosos, convulsivos que agitan amenudo todos sus miembros indican que se halla sumergido en una de esas preocupaciones que matan. Tortura en vano su imaginacion para hallar un medio de resolver el problema de su existencia, de hallar pan, de poder dar algun alimento á su hermana que se muere de hambre. No lo halla. Porque es una cosa, casi imposible de encontrar. Y aferrándose á la idea que le domina como el naufrago al mástil que le ofrece una probabilidad de salvacion, se empeña en vencer la fatalidad que parece quererle encadenar al poste de la miseria y de la desesperacion.

En los semblantes de los dos hermanos, á pesar del miserable estado á que se ven reducidos, se nota cierta nobleza, cierta distincion que indican no pertenecer á la clase del pueblo.

Pero no es del caso ahora referir su historia, porque la buena de la señora d' Amate acaba de entrar, exclamando:

—Ea, vecinos, ánimo; aquí estoy yo.

—Eh! quién! grita Luis levantándose de un salto como asustado.

Maria, demasiado débil para poderse dar cuenta de lo que pasa á su alrededor, permanece inmóvil, con los ojos fijos y la boca entreabierta.

—Soy yo, amigo Luis, prosigue la amable vecina; no os asustéis.

—Ah! sois vos, señora! Perdonad, no os habia conocido, dice el jóven queriendo sonreír, pero sin lograrlo, porque la desesperacion está demasiado arraigada en su pecho.

—No hay de qué!; Pues no faltaba mas! Vamos, continúa la viuda con su volubilidad de costumbre; ayudadme á dar este cocimiento á Maria y luego comeréis un poco de gallina que he preparado para vos.

—Señora! esclama el adolescente, sintiendo que la sangre sube á su rostro. Porque aunque se halla en el último esca-

lon de la miseria, aunque ha sufrido durante su vida cuanto es posible imaginarse, nunca ha podido decidirse á pedir ni aceptar una limosna. ¡Señora! ¡Por el Cielo! ¿Qué pretendéis?

—Buena es esa! ¡Y me lo preguntais! Claro está. Sé que vuestra hermana no ha tomado nada desde ayer, que vos no coméis hace dos dias, y que estenuados los dos, ella enferma y vos sin fuerzas casi, pereceriais aquí si Dios no hubiera dispuesto otra cosa.

—¡Dios!

—Dios, si. Dios que nunca abandona á sus criaturas, Dios que vela sobre los desgraciados, y me ha inspirado la idea de venir á proponeros un pequeño préstamo, puesto que mis recursos no permiten otra cosa, á fin de que podais ocuparos en ganar lo necesario para curar á Maria y para atender á vuestras necesidades.

—¡Dios! ¡Dios!....

—Sí.

—Ah, señora! ¡Me habeis salvado! ¡Dios! ¡Y yo que no pensaba en implorarlo! Teneis razon, debo aceptar vuestra oferta. Siempre he sido muy desgraciado; pero la Providencia nunca me ha abandonado. En los momentos mas críticos he hallado siempre una mano que me ha ayudado á salir del abismo, la mano del Ser Supremo. Gracias, señora, gracias.

—No merece la pena.

—Oh, sí! La merece. Y os lo confesaré; al pronto, cuando habeis hablado, me ha parecido que era un insulto el que me haciais; la sangre se ha agolpado á mi frente, la indignacion, el furor, cuantos sentimientos engendran la rabia y la vergüenza, otros tantos han acudido á mi, y han oscurecido mi razon. Perdonad, mi desesperacion era tanta, mi dolor tan grande, que no habia pensado en Dios.

—Pues bien, pensad ahora, y vamos á dar este cocimiento á Maria antes que se enfrie.

—¡Pobre hermana mia!

—Vereis cómo se encuentra mejor despues que tome esta tisana.

—¿Creeis!

—Estoy segura. Es de un efecto admirable.

—Vamos, pues.

Y Luis, arrodillándose al lado de la especie de jergon sobre el cual se halla tendida Maria, la coje cariñosamente, y con la misma dedicadeza que si se tratara de un niño, y levantándola poco á poco, coloca su cabeza junta el pecho de modo que pueda beber. La enferma lo mira y calla. Pero en su mirada hay tal expresion, es tanta su dulzura, que bien podemos decir sin temor de equivocarnos que comprende y agradece.

Mientras tanto la señora Amate ha llenado una taza de tisana, y se la presenta.

Maria bebe.

Bebe con afán, con ansia, como si temiera que aquella bebida refrescante que tanto bien la hace se la fuera á escapar.

La pobre niña tenia la boca seca.

Pedia agua, y su hermano no la oía.

Su voz se habia ido poniendo rónica, y al fin la garganta habia rehusado dar paso á las palabras.

La primer taza está vacía.

Y Maria mira á su vecina como implorándola, porque aun tiene sed.

Su hermano la comprende.

—¡Mas tisana! dice.

—Sí, sí, aun hay, no temais, contesta la buena mujer. Y apresurándose á llenar de nuevo la taza, la presenta á la enferma, que bebe el líquido con la misma avidez que antes.



—Ahora, continua la vecina, dejadla que descanse un poco y arropadla con esta manta que he subido á propósito. Es necesario que sude.

Luis obedece y su hermana le da las gracias con una mirada.

Después, cerrando pausadamente los párpados, queda como aletargada.

—¿Venís? dice aun la señora Amate.

—¿Dónde?

—Aquí fuera, al descanso de la escalera. Allí podremos hablar sin molestar á la enferma, y al mismo tiempo oiremos si nos llama.

—Como queráis, contesta el joven; y siguiendo á su bienhechora, sale de la habitación, no sin dirigir una mirada de cariño hacia el triste lecho donde yace su hermana.

—Os he hecho salir, continua ella sentándose en el primer escalon, para que comais un poco, y al mismo tiempo para haceros algunas preguntas.

—Pero....

—¡Chist! No me interrumpais. Comed, aquí teneis gallina, pan y un vaso de vino; recobrad un poco vuestras fuerzas y escuchadme.

Luis, sin hacerse mas de rogar, se pone á comer, mientras prosigue su interlocutora.

—Ya hace un mes, le dice, que vivís en esta casa, y sin embargo es la primera vez que os sucede estar sin trabajar, porque segun me ha dicho la portera, sois muy buen grabador y ganais un jornal regular. No puedo atribuir á pereza vuestra ociosidad, porque sé que sois laborioso y trabajador como pocos, y por lo tanto no os incomodeis si os pregunto la causa de esta inaccion en que os encuentro.

—Al contrario, señora, tengo el mayor gusto en poder satisfaceros, y voy á hacerlo. Como decís, hace un mes que vine con mi hermana á vivir en esta casa. Al principio, aunque sin ninguna comodidad, vivíamos no obstante sin grandes privaciones, porque mi jornal bastaba para nuestras necesidades. Pero la desgracia nos ha perseguido. El jefe de mi taller vió á mi hermana un dia que tuvo que venir á buscarme, y se enamoró de ella. Esto nada tenia de particular....

—Ya lo creo.

—Y no hubiera debido importarme....

—Pues es claro, vamos, ya veo que sois un poco orgulloso y....

—¡Oh! no señora, no penseis tal, os lo ruego. Escuchad el fin, y vereis cómo no hay motivo para calificarme de orgulloso.

—Os escucho, hablad, hablad pronto, esclama impaciente ya por oír la romántica jamona.

—Pues como os decía, que el jefe del taller se enamorase de mi hermana nada tenia de particular, y tanto es así, que cuando me lo dijeron en el taller fui el primero en reirme. Esta risa me habia de costar cara. El jefe lo supo y me llamó. Nos encerramos los dos en su cuarto, y allí tuvo el atrevimiento, después de algunos rodeos, de proponerme el trato mas vergonzoso ó infame que se puede imaginar. Quería que le vendiese á mi hermana, y si se lo rehusaba me amenazaba con despedirme y dar ademas malos informes de mí para que no me recibiesen en ningún otro taller. Al pronto no podia creer lo que estaba oyendo. Por un momento llegué á figurarme que seria una broma. Pero cuando le miré, cuando comprendí que hablaba con seriedad, no fui dueño de mí mismo, me arrojé sobre aquel infame y echándolo al suelo del primer puñetazo, me precipité sobre él ciego y fuera de mí.... No sé lo que hubiera sucedido, continua el joven después de limpiarse con la mano el sudor que corre por

su frente, solo al recuerdo de su afrenta, si los compañeros oyendo el estrépito de su caída no hubiesen acudido para ayudarle á escapar de mi furia.

—¡Qué infamia, Dios mio!

—Ya veis; después de esto, ya no me quedaba otro remedio que mendigar, porque mi jefe es conocido en todos los talleres de París, y estoy seguro de que habrá avisado á los dueños para que ninguno me reciba.

—De modo que....

—Poco á poco he ido vendiendo lo poco que poseíamos. Mi pobre Maria enfermó á causa del disgusto que esto la produjo, y si no fuera por vos, hoy....

—¡Vaya, vaya, no hay que hablar de eso! Ya habeis cenado. Volved al lado de vuestra hermana, acostaos y tratad de descansar. Mañana temprano subiré á veros.

Y sin escuchar al joven, que trata de detenerla, la vinda baja precipitadamente las escaleras y se encierra en su cuarto.

Luis vuelve al lado de su hermana.

Piensa en Dios, y le implora.

Su dolor es menos amargo.

Tiene esperanza.

Y no sabe en qué puede fundarla; pero espera.

Espera en Dios.

### III.

A la misma hora en que ocurría esta escena en la calle de la Tour, un hombre cuidadosamente envuelto en un largo gabán y casi escondido el semblante bajo las anchas alas del sombrero que cubria su cabeza, bajaba por la calle del Faubourg du Temple, y doblando á la derecha llamaba de un modo particular á la puerta de la casa negra.

Poco tardó esta en abrirse, y como si la hiciese mover algun resorte oculto se volvió á cerrar en cuanto hubo entrado el que llamaba.

Sigámosle á través de los oscuros callejones que cruzó uno después de otro detrás del que habia abierto la puerta. Este llevaba en la mano una linterna.

Llegados á una gran sala del piso bajo, donde á la luz de una lámpara solo se veían algunas sillas desvencijadas y una vieja mesa de nogal, cargada de mil objetos que seria largo detallar, el recién llegado arrojó su sombrero con cierta impaciencia, y echándose atrás el gabán se dejó caer en el sillón que habia delante de la mesa.

—¿Hay novedad? preguntó al que le habia introducido.

—No, señor, contestó Mauricio, que segun la actitud respetuosa en que habia quedado esperando órdenes, indicaba ser un criado.

—¿Está todo arreglado?

—Sí señor. He puesto la maleta en vuestro cuarto, y el contenido de la caja morada está sobre esa mesa, desordenado y sin arreglar como me mandásteis.

—Bien. ¿Y mis armas?

—En la alcoba.

—Déjame.

Mauricio, sin contestar, hizo una reverencia y salió, no sin echar una disimulada mirada de odio á aquel á quien con tanto respeto trataba.

El señor misterioso, que ya habrán adivinado nuestros lectores era él el que acababa de entrar, quedó solo.

Y apoyando el codo derecho en el brazo del sillón y la mejilla en la palma de la mano, permaneció como ensimismado en sus pensamientos.

(Se continuará.)





## REVISTA DE MADRID.

Estoy verdaderamente desolado.

Es cierto que por otra parte debiera decir que me encuentro *asolado*.

Mi enemigo mortal en el verano es el sol, así como mi mejor amigo en el invierno.

Y es el caso que el sol me abrasa. Desde que el municipio ensancha las calles y achata las casas, la vida en Madrid es insostenible durante el estío.

Por todas partes el sol; Febo por todos los rincones, plazas, calles y encrucijadas. Siempre Apolo.

Miento; Apolo no parece en el verano, porque los teatros están cerrados. Apolo está de viaje en este tiempo; tiene colgada su lira, arrollado el *papyrus* y escondido el *stilo*.

Apolo está en baños, como un simple oficial de ministerio, y deja entretanto al cuidado del Parnaso a su hermano Mercurio, que se da una importancia de dios pagano.

Ahora me ocurre que por lo mismo sube el mercurio en los termómetros durante la estación presente.

Mercurio es comerciante, y para esto se da mejor maña que para poeta.

Por eso gana más dinero que gloria.

En cambio Apolo gana más gloria que dinero.

Pero es el caso que el dinero es metal y la gloria un pedazo de laurel; que el laurel se seca y se deshace, mientras que el dinero jamás se pierde.

Estoy, pues, con Mercurio que lo entiende.

¡Ojalá él estuviese conmigo!....

La antigüedad pagana me divierte con sus chistes. Uno de ellos es el de haber hecho al hermano de Apolo protector de los comerciantes y de los ladrones al mismo tiempo. ¡Dos clases protegidas por un mismo Dios!....

Acabo de comprar una sombrilla blanca y verde para resguardar mi cabeza de los rayos de Febo, y por eso no es extraño que me agrade el chiste gentilicio de ladrones y comerciantes.

He comprado una sombrilla para cruzar la Puerta del Sol, pero la venderé tan luego como se coloquen los toldos proyectados en la misma.

Cierto es que para entonces necesitare un paraguas, porque a los rigores del sol habrán sucedido los chubascos de Júpiter, que es quien, según creo, manda la lluvia.

Por aquella época también desaparecerán los toldos en proyecto desde hace tres ó cuatro meses, si es que por casualidad han aparecido ya.

Cualquiera diría que en lo que se refiere á mejoras de la capital, el ayuntamiento y sus auxiliares se dan poca prisa.

Pero yo no lo digo, porque he resuelto ser lo que se llama en buen castellano ministerial del ayuntamiento.

Si hay quien censure á la comisión de las obras de la Puerta del Sol, porque, tras de la tardanza, hace las cosas mal, yo saldré á su defensa.

¡Pues qué!

¡No hay sino hacerlo todo bien y á punto? ¡Es eso lo

que hemos merecido los habitantes de la villa con corona? ¡Una gente que tiene por símbolo un oso y un mardroño!....

Que hablen las oposiciones, que aquí les preparo una filípica mar gorda que las columnas de los venideros toldos. Desde una de las nuevas tribunas mingitorias más parecidas á púlpitos de catedral que á lugar menos decente, probaré al mundo entero que si en ornato y comodidad públicas no se ejecutan más obras, es porque no se quiere....

Y no se quiere..... porque no hay gana de querer, y basta.

He dicho al principio de esto, que parece una *revis* y será cualquier cosa, que estoy desolado.

Diré la causa.

Don Francisco Salas no se queda con el teatro de Principe.

¡Ay de mí!

Calderon, Moreto, Lope, Tirso, Rojas y Alarcon lloran á lagrima viva tamaña desgracia.

Ya no oirán los infelices aquellos suaves acordes que les preparaba el *inteligente empresario*, aquellas melodías zarzuelas que iban á llenar los espacios del coliseo.

Ya no oirán los trinos de Caltañazor, las notas de Arderius, los gemidos de Calvet y los bemoles de Obregon.

La cosa tiene bemoles.

Lo siento por las letras, que están de pesame, y por Camprodon, su representante.

El teatro de Novedades ha estado á punto de quemarse, avergonzado tal vez de que una empresa catalana se haya atrevido á sus tablas.

El agua que refrescará al gran coliseo de la plazuela de la Cebada será don Joaquin Arjona, que ha caído con Salas desde el teatro del Principe.

El que á buen árbol se arrima....

¿Qué será de Variedades?

Vengo del circo de Price.

Es lastima que yo no entienda el idioma caballar y la literatura gimnástica de los clowns, porque á comprenderlos daría á mis lectores un curso de ambas ciencias, que por otra parte deben ser difíciles, pues que se repiten las lecciones y los alumnos jamás se cansan de asistir á ellas.

Mr. Price reúne en la calle de Recoletos á cuantos desocupados encierra por la noche Madrid. Todo lo más ilustrado de la corte, dicen los periódicos diarios, asiste á las funciones hipico-acrobáticas.

¡Oh! ¡qué ilustración!

Mr. Bagier....

Pero otro día hablaré de Mr. Bagier.

## MOSAICO.

Ayer apareció en la *Gaceta* la lista de los espositores españoles premiados en el gran concurso internacional de Londres. En el número próximo de nuestra *Revista* diremos algo acerca de la significación de nuestra industria en la exposición inglesa.



La escuela de agricultura de la provincia de Alava continúa siendo visitada con el mayor interés por las personas que tienen la dicha de gozar de la agradable estancia que proporcionan durante el verano las Provincias Vascongadas.

Cada año se advierten en aquel importante establecimiento nuevas mejoras, notándose en este verano que la ya completa y buena colección de ganados de todas clases se ha aumentado con una nueva importación de un toro y dos magníficas vacas de la raza Durhan.

Allí se han visto funcionar en estos últimos días la segadora Pelletier, que hace un trabajo tan perfecto que nada deja que desear. Mas pequeña que la de Burgess y Key, que con tan buen éxito se ha ensayado en varias provincias, tiene la ventaja de poder trasladarse con la mayor facilidad por toda clase de caminos, la de constar de un mecanismo sencillo y sólido, la de bastarle la fuerza de una sola caballería y la de ser de menos coste que ninguna otra.

Los dos operarios que exige para su conducción hacen el trabajo de quince buenos segadores, dejando un rastrojo tan corto como pueda desearse y con una igualdad que no se consigue con el trabajo mas cuidadoso del hombre.

El pequeño inconveniente que presenta de no recoger la mies por sí misma, desaparece con una práctica corta de parte de los que deben conducirla, y es sin duda una de las máquinas de esta clase que proporciona el trabajo mas perfecto y económico.

Esta segadora, la buena trilladora que en el mismo establecimiento funciona, los útiles arados que en él se emplean y toda clase de máquinas agrícolas, tomadas de los mejores modelos, se construyen, con la mayor perfección, en los talleres que bajo la protección de la escuela agrícola alavesa tiene establecidos en Vitoria el fabricante don Eugenio Rué.

En Torres Novas (Portugal) ha ocurrido un gran desastre. Se había construido una plaza de toros de madera. El día de su estreno, momentos antes de empezar la corrida, se hundieron los tendidos, que estaban llenos de espectadores, y estos cayeron sepultados entre las ruinas. Por desgracia, en aquel instante un toro rompió la puerta del toril, y saltando á la plaza embestia á los que salían de las ruinas de los tendidos, en medio de la confusión y la gritería mas horribles. Solo resultó un muerto; pero los heridos fueron muchísimos.

En Alicante se ha formado la asociación libre-cambista para la reforma arancelaria, habiéndose nombrado la junta que ha de dirigir sus actos. Los individuos que la componen son:

Don José Bäs, presidente.—Don Tomás España, don Luis Campos, don Bonifacio Amorós, don Carlos Dalhander, vicepresidentes.—Don Eduardo O'Kelly (mayor), don Ramon Campos, don Rafael Chamorro, don Joaquin Guardiola, don José Carlos Bellido, don José Porcel, don José Bueno, don José Antonio Puigserver, don Bonifacio Carrasco, don Primitivo Serina, don Blas L. Corradi, don Jaime Maisonnave, don Alejandro H. rzen (menor), don Antonio Campos y Carreras, vocales.—Don Federico Itier, tesorero.—Don Enrique Busbell, contador.—Don José Poveda, secretario general.—Don Segismundo Moret y Prendergast, don Francisco Javier Carratala, don Francisco Rovira y Aguilar, don Eleuterio Maisonnave y don Cipriano Cirer, secretarios.

Parece que anteanoche ocurrió un escándalo en el circo de Price. Los actores fueron los hermanos Rizarelli y el empresario del circo. La causa eran ciertas diferencias que

en la apreciación del trabajo de los primeros existía. Intervino, á lo que cuentan, el gobernador de la provincia.

Se halla en Salamanca la comisión del Observatorio astronómico de Madrid, encargada de determinar la longitud y latitud de todas las capitales de provincia para la formación del mapa general de España. Está á su frente don Cayetano de Aguilar, primer ayundante del Observatorio, y ha establecido en el patio de escuelas menores el centro de sus observaciones, cuya exactitud tiene que ser tan esmerada, que las referidas longitud y latitud han de fijarse hasta la aproximación de un décimo de segundo.

La Gaceta publica la convocatoria para los alumnos que deseen ingresar en la escuela superior de arquitectura, en el curso próximo de 1861 á 1862. Desde hoy hasta el día 15 de setiembre, los aspirantes presentarán en la secretaría de la escuela una solicitud dirigida al director de la misma, en que conste su nombre y apellido, igualmente que el de sus padres, el lugar de su naturaleza, su edad, las señas de su domicilio y el nombre y habitación de la persona que responda de ellos en Madrid. La solicitud irá además acompañada de certificaciones que acrediten estar aprobados los aspirantes en física y química en algún establecimiento de instrucción pública; en el concepto que cuando así no conste tendrán que ser examinados de estas asignaturas.

Se ha repartido la entrega 11 de la novela titulada *Cinco siglos en un día*, original de don Federico Villalva. La amistad que nos une al autor de la obra nos impide hacer de ella los elogios que se merece, pero no el recomendar su adquisición á los amantes de las letras.

A bordo del vapor *Cuba*, que llegó á Santo Domingo el 17 de junio procedente de la Habana, fué el regalo que el capitán general don Francisco Serrano tenía ofrecido á la santa iglesia catedral desde su visita á aquella isla, en agosto del año próximo pasado. Consiste la ofrenda en un magnífico terno sacerdotal, cuyas piezas son todas de fino raso blanco, ricamente bordado de oro. El trabajo es del mas esquisito gusto, y fué hecho en uno de los mejores talleres de Barcelona. Este presente ha tenido la fortuna de unir á su opulencia la oportunidad, puesto que llegó precisamente á tiempo de estrenarse en el día del Corpus, la mas fastuosa de las solemnidades del rito católico.

En la academia de ciencias de Paris, dice un diario de allí se ha presentado una Memoria. Un sabio, por conducto del doctor Velpeau, pide que se generalice el uso de fumar. Después de todas las discusiones de que ha sido objeto la nicotina, es bastante sorprendente que se haya anunciado semejante deducción. El doctor fumador, que se funda en el raciocinio y en la práctica, pretende que lejos de dañar el tabaco sana y robustece, y pide en su consecuencia que se introduzca la costumbre de fumar en los colegios y en las facultades.

Editor responsable, FEDERICO ESCAMEL.

MADRID, 1862.

Imprenta de T. NUÑEZ AMOR,

Valverde, 14.